

ESCAPE

Por: Orlando Cuello (*)

Tenía sólo 12 años cuando tomé la determinación de “volarme” de la casa del Dr. Eduardo Núñez Palmera, un acreditado médico y cardiólogo donde yo vivía como pensionado en Barranquilla. Su esposa, Doña Carlota Botero de Núñez, era una distinguida dama de la ciudad de Medellín, quien tenía la natural disposición de amabilidad personal y sagacidad comercial que identifica a las personas de la región antioqueña.

Hacían una pareja normal ante los ojos del mundo, pero en realidad habitaban la misma casa sin dormir en la misma alcoba. Sin embargo, era una familia de buenas costumbres y allí llegué por los buenos oficios de la prima de mi padre, Lucy Ariza de Romero, quien en calidad de vecina había convencido a Doña Carlota que me permitiera vivir en su casa, a pesar de su preferencia por pensionados del sexo femenino.

Apenas había vivido un mes y medio en la casa de la familia Núñez Botero y yo sentía que no podía soportar aquel tormento infinito que significaba vivir de manera tan opuesta a lo que era mi vida hacía apenas un par de meses. Mi madre había viajado conmigo para instalarme como estudiante en Barranquilla y una vez ella consideró que yo estaba “bien”, entonces emprendió el regreso a San Juan del Cesar, un pueblo ubicado entre las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta y el piedemonte de la Cordillera Oriental, en el norte de Colombia.

Para entonces, mi vida de pueblerino había cambiado de manera drástica y ahora era un estudiante del colegio “Liceo de Cervantes”, uno de los más prestigiosos de Barranquilla, en lugar de estudiar en el “San Juan Bautista”, donde las ventanas desnudas no conocían las persianas, el patio no tenía límites y el llamado colectivo a los estudiantes se hacía con el sonido que producía el golpe seco, repetido y fuerte de una barra de hierro sobre un disco de arado que, a manera de campana, colgaba de una de las vigas de madera del techo del corredor.

Ahora vivía en una casa que tenía un olor distinto de la mía y compartía con una cantidad de gente que en ese momento me resultaba extraña. La comida era muy diferente a mis costumbres, pero esta diferencia se hacía más notoria en las mañanas. De manera abrupta había dejado de desayunar chicharrón con arepa, chinchurria con bollo limpio, hígado con yuca, huevos con choriza, carne molida, arepuelas, bocachico guisado, arepa de queso, suero y otras singularidades de la cocina provinciana cuya añoranza ya empezaba a producir en mi ánimo los primeros vacíos.

Llevaba más de un mes desayunando exactamente lo mismo: huevo, pan y jugo de naranja. Todo me parecía diferente. El modo de hablar de la gente, los espacios de la casa, los atardeceres melancólicos y hasta tenía la percepción de que el aire que respiraba no me pertenecía. Mis nostalgias las mitigaba llorando solo en cualquier momento del día sin que me vieran, pero con más ahínco durante 10 minutos dentro del baño todas las mañanas.

Yo tenía asignado el primer turno y disponía de 20 minutos para usar el baño, de los cuales invertía 10 en llorar a moco tendido para desahogar mi alma de niño atormentado por la ausencia de mis padres y hermanos. Cada día que pasaba era una repetición exacta del anterior y la rutina de las mañanas ayudaba a ratificar esa percepción. Por eso un día cualquiera resolví empezar a darle forma a un rudimentario plan de fuga.

Comencé primero por calcular la cantidad de dinero que necesitaba para volarme. Aunque no sabía exactamente cuánto, porque desconocía el valor del pasaje en bus, me pareció que sesenta pesos era una suma suficiente. Esa era la cantidad que tenía guardada con mucho sigilo, producto del matalotaje que mis parientes cercanos me habían dado antes de salir de San Juan y lo que había ahorrado en el tiempo de mi estadía en Barranquilla. De modo que el asunto del dinero estaba resuelto.

El siguiente paso sería escoger la fecha, aunque en la práctica cualquier día resultaba lo mismo, pues el plan diseñado era simple: Tomaría un taxi en la estación del Parque Venezuela, cerca de donde vivía, le pediría que me llevara a “Brasilia”, luego compraría el tiquete hasta Valledupar y una vez en Valledupar, que era territorio conocido, entonces tomaría una buseta hasta San Juan. Eso era todo. Allá debería llegar en horas de la tarde.

Duré más de dos semanas con los sesenta pesos en el bolsillo, listo para emprender el viaje, pero el miedo me paralizaba cada vez que creía que ya estaba listo para la aventura. La decisión la tomé el tercer lunes de marzo de 1971, tal vez porque el amanecer de los lunes tenía la capacidad de revolverme con mayor intensidad la nostalgia por mi casa.

Pero ese lunes resolví jugármela toda y cuando salí del baño, después de la llorada de costumbre, la decisión de ejecutar el plan de fuga estaba tomada. Preparé mi maletín con el uniforme de educación física y con los libros y salí como cualquier día de clases. Mi primo Javier Romero Ariza me esperaba religiosamente en la puerta de su casa, pues yo vivía media cuadra antes, y juntos emprendíamos todos los días la caminata hasta el Colegio, la cual nos tomaba unos veinte minutos.

Ese día Javier estaba en su lugar de siempre y cuando me vio pasar en dirección opuesta me preguntó a gritos para dónde iba. Yo le respondí también en alta voz: “Ya vengo, voy a la esquina y regreso enseguida”. Iba temblando del susto, pero me serené y abrí con decisión la puerta trasera del único taxi que a esa hora permanecía al lado de la caseta de la estación. Le hablé con voz firme al taxista y le dije: “Buenos días Señor, por favor, lléveme a Brasilia”.

El taxista me miró sereno pero sorprendido por mi intrepidez y de inmediato preguntó: “¿Y usted piensa viajar sólo?”. “No, allá me voy a encontrar con una tía”, le mentí. Inmediatamente abrí mi maletín y me puse a ordenar las cosas, en un intento por mantenerme alejado de su interrogatorio impertinente. El taxi emprendió el viaje por toda la carrera 44 y por esta ruta llegamos al centro de la ciudad, donde estaba la estación de buses de la compañía “Brasilia”.

Le pagué seis pesos por la carrera y me bajé a toda prisa. Aunque no sabía el horario de salida de los buses, era de suponer que a las 7 de la mañana habría alguno con destino a Valledupar. En efecto, alcancé a divisar un letrero que decía “Valledupar” y me puse en la fila correspondiente. Afiné el oído para tratar de escuchar de alguien el valor del pasaje, pero no pude colegir una cifra.

Cuando llegué a la ventanilla casi no alcanzaba con la vista al dependiente, y aunque las piernas me temblaban, saqué firmeza en mi voz para decir: “Un pasaje para Valledupar. ¿Cuánto cuesta?”. Había diseñado la pregunta con el valor al final de la frase para tratar de conducir la respuesta del empleado a un número y evitar una posible inquietud sobre mi acompañante, pero mi estatura y contextura corporal no me favorecían para pasar como adulto. Mi estampa de niño se evidenciaba en la distancia y la pregunta tan temida resultó inevitable:

“¿Usted va a viajar sólo?”

“Si”, respondí esta vez con la verdad y con firmeza.

También había planeado esta respuesta, porque resultaba arriesgado mentir ya que me hubieran podido condicionar la venta del tiquete a la llegada de la supuesta persona mayor que viajaría conmigo. Así que me llené de valor y contrapregunté:

“¿Cuánto es que cuesta el pasaje?”

“Treinta y siete pesos”, respondió el empleado.

Entonces saqué el dinero del bolsillo, pagué, recibí el cambio, confirmé el número del bus con el aviso que decía “Valledupar” y lo abordé de inmediato. Eran las seis y cuarenta y cinco de la mañana y el bus estaba programado para salir a las siete. Esperé en silencio tenso con el corazón latiendo a toda prisa, pues yo tenía el temor de que Lucy Ariza hubiera adivinado mis intenciones y cada vez que una persona abordaba el bus, yo no descartaba que fuera ella, quien inmediatamente me bajaría del bus con una orden perentoria confirmada por el dedo índice de su mano de hierro y su voz altanera.

Yo sabía que esa posibilidad estaba descartada porque mi plan, aunque rudimentario, no tenía absolutamente ningún testigo. Mucho menos Javier, a quien seguramente se le habría escapado algún comentario que habría llegado a los oídos de Lucy. Sin embargo, el terror de que ella apareciera de repente en el bus no se me quitó sino a las siete y quince de la mañana cuando el bus salió de la estación del centro de Barranquilla rumbo al embarcadero del Ferry para atravesar el Río Grande de la Magdalena y tomar la carretera con destino a Ciénaga y luego a Valledupar.

A pesar de que Lucy ya no podría subirse al bus, el fantasma de ella me perseguía y constantemente miraba por la ventanilla en busca de su camioneta Chevrolet, y me alegraba de que no hubiera por allí ningún carro parecido al de ella.

Ese lunes hubo en Barranquilla un amanecer brillante y durante toda la mañana se sintió el rumor de una brisa fresca que mitigaba un poco el calor de aquella mañana veraniega del mes de marzo. El Ferry que transportaba por el río Magdalena de una orilla a otra los vehículos que entraban y salían de Barranquilla, esa mañana no tuvo mucho trabajo y a las ocho y treinta y cinco el bus comenzó en firme la ruta Barranquilla-Valledupar, la cual se cubría en unas siete horas por la carretera semi pavimentada de ese entonces.

En aquellos años en que no estaba construido el Puente “Laureano Gómez”, el estimado del tiempo se hacía condicionado al buen funcionamiento de los transbordadores, pues cualquier imprevisto de estos resultaba suficiente para desbaratar cualquier previsión de agenda.

Mientras el bus se desplazaba raudo por la angosta carretera construida sobre las lagunas del ecosistema de la isla de Salamanca entre Ciénaga y Barranquilla, yo tenía agolpados en mi pensamiento atribulado y temeroso decenas de interrogantes que no lograba ordenar. Ya se me había espantado el fantasma de Lucy persiguiéndome en su camioneta azul, pero ahora tenía otros peores. Tenía que enfrentar la llegada a la casa de mis padres.

Eso me producía un auténtico terror, porque además del regaño y de la limpia que me darían, lo que más me producía tristeza era la sensación de derrota que significaba para mi tener que regresar a San Juan porque no fui capaz de superar la nostalgia y el guayabo de mi casa y de mi pueblo. Me daba mucha tristeza saber que ellos se sentirían defraudados conmigo, pues siempre me consideraron un hijo y un estudiante ejemplar.

La cabeza me daba vueltas de pensar que tendría que verle otra vez la cara a los profesores que ya me habían despedido y a los compañeros que sentían por mi una sana envidia porque, según ellos, yo tenía la fortuna de estar estudiando en Barranquilla. La posibilidad de regresar al Liceo de Cervantes, aunque remota en mi

pensamiento, era más tormentosa que seguir en San Juan, porque significaba sostener el hilo de las clases que aún no había logrado agarrar. Y sobre todo, regresar al tormento de sentirme en un mundo extraño y sombrío.

Posiblemente me pondrían en la Escuela Pública, que era la amenaza que mi madre nos hacía cuando renegábamos del Colegio “San Juan Bautista” o cuando flaqueábamos en nuestro rendimiento académico. También cabría la posibilidad de que mi padre me confinara en la finca a realizar las más duras labores agropecuarias, pues le había oído decir que si no queríamos estudiar, entonces nos pondría a enjear el ganado en los corrales.

También me preocupaba el poco dinero que tenía en el bolsillo. A pesar de que había salido con doce pesos adicionales a los sesenta que tenía guardados para el viaje, el gasto del taxi y el pasaje disminuyeron mi capital en 43 pesos. A esa hora en que las preocupaciones me acuchillaban el cerebro con interrogantes inciertos que no tenía manera de responder, el bullicio de los pasajeros parecía esconder sigilosamente mis temores y por un buen rato dejé de sentir que todos me miraban como si fuera un prisionero en fuga.

Aunque en verdad lo era, ellos no lo sabían, pero creo que las miradas convergían irremediabilmente en mi humanidad porque debí parecerles una criatura desvalida que viajaba solo y en silencio en aquel bus destartado.

El tiempo transcurría lento y poco a poco íbamos arribando a los destinos intermedios. El primero fue Ciénaga, donde el bus hizo una parada larga para que los pasajeros pudieran desayunar. Allí comí lo único que probé ese día. Un vaso de guarapo y una empanada. Aunque empecé a manejar con reticencia el dinero que me quedaba, mi dieta de ese momento no era por falta de dinero sino por falta de apetito.

Con semejante tensión no lograba que las bandejas callejeras despertaran mis habituales deseos de disfrutar esas vituallas. Así seguimos hasta Fundación y de allí en adelante se terminó la bendición del pavimento. A partir de allí comenzamos a sufrir los efectos de la alianza diabólica del calor y el polvo trabajando en contubernio sobre un bus obsoleto con las ventanillas atascadas. Antes de la carretera actual por la que hoy transitamos con cierta comodidad, la anterior tenía un trazado serpenteante cuyo objetivo no era acortar distancias sino unir pueblecitos.

Por lo tanto, era más larga, agónica, polvorienta e inhumana que la actual. Cuando el bus salió de Fundación su sistema de carburación comenzó a toser y justamente a la entrada de un pueblo lánguido y solitario detuvo la marcha que en los últimos kilómetros se le había vuelto lastimera. ¡El bus se había varado!. Sin embargo, con el último aliento que le quedaba, el conductor y el ayudante lo pusieron a la vera del camino y los pasajeros comenzaron a bajarse. Yo permanecí en mi puesto durante algunos minutos, hasta que el conductor del bus nos ordenó bajar para realizar una reparación que ahora también incluía el eje trasero del vehículo.

En ese momento no sabía dónde estaba, pero en un instante quedé literalmente paralizado por el miedo tan pronto mi ignorancia geográfica fue absuelta de manera accidental cuando oí la respuesta solicitada por otra persona: ¡Estaba en Caracolcito! Caracolcito era el centro de operaciones agrícolas de Abraham Romero, el esposo de Lucy Ariza y, por lo tanto, era muy probable que en cualquier momento se me cruzara a bordo de su camioneta Fargo.

Entonces procuré mantenerme alerta y escondido de todos los carros que pasaban frente al grupo de pasajeros. Cuando el ayudante del bus extrajo una de las llantas traseras y buena parte de la anatomía interna de la transmisión del vehículo, comenzaron los primeros pasajeros a tomar en rebatiña los escasos cupos disponibles en los buses que venían detrás. En esos momentos en que buscaba mantenerme lejos de la vista de Abraham Romero, aproveché para orinar en el zócalo de una ceiba inmensa y frondosa antes de subirme al próximo bus que pasara.

Poco a poco los pasajeros se fueron marchando en buses, en camperos y en cualquier modo de transporte que encontraban disponible. Hasta que me quedé solo con un señor de unos sesenta años. Yo no me atrevía a meterle a mano y mucho menos a abordar otro bus, porque tenía una mezcla de ansiedad y de temor que no me daba fuerzas para hacerlo. Hasta que en la distancia pude avistar un carro tanque y sacando fuerzas de flaqueza, le tendí mi mano suplicante para que me llevara.

El carro tanque se detuvo, aunque tal vez por la seña del señor que estaba conmigo, porque el conductor, quien viajaba solo, únicamente se enteró que no íbamos juntos cuando le fuimos a pagar el valor del pasaje. Cuando el señor le preguntó el precio, el conductor le dijo que eran seis pesos por cada uno. Entonces yo inmediatamente me llevé las manos al bolsillo, saqué mis seis pesos y le pagué mi parte. Ante esto, el chofer del carro tanque me fulminó con una pregunta:

¿Y tú no eres hijo de la señora Ángela?

“Sí”, respondí paralizado por la sorpresa.

Después me dijo con toda naturalidad que él era familiar de Fefa Argote, una persona muy cercana a mi familia y enseguida, para mi tranquilidad, se puso a conversar con el señor que viajaba con nosotros. No me atreví a preguntarle cómo se llamaba ni a hacerle ninguna otra pregunta, porque sería suficiente motivo para enfrentar una conversación que me daba pánico entablar.

Después de la breve charla entre mi acompañante y el chofer del camión, el resto del viaje transcurrió en completo silencio hasta Valledupar. Cada uno dueño absoluto de sus pensamientos, y los míos eran en ese momento un verdadero coctel de suposiciones, conjeturas, temores y arrepentimientos. Así llegamos a Valledupar a eso de las 4 de la tarde. No tenía hambre ni sed.

Para mi fortuna, el carro tanque me dejó exactamente en el sitio donde salían las busetas para San Juan, cerca de Cinco Esquinas, en el centro de Valledupar. Inmediatamente abordé la que estaba a punto de salir, pagué los siete pesos que valía el pasaje y me senté silencioso en la penúltima ventana, o sea, la que queda antes de la banca de los músicos, que es la última.

Durante todo el viaje evité mirar hacia otros pasajeros, porque aquí la probabilidad de encontrar rostros conocidos era muy alta, pues San Juan es un pueblo pequeño, y al que yo no conocía, tal vez ellos sí me reconocían a mí. De manera que durante el viaje de casi dos horas moví muy poco la cabeza y la mirada. Cuando llegué a San Juan me bajé frente a la casa de Ester Orozco y El Cura Vega, que era el destino final de las busetas.

Me aterrorizaba la posibilidad de encontrarme allí con mi Papá, pues él visitaba esta casa con frecuencia. Apenas puse los pies en el suelo, alguien que no preciso me soltó la pregunta que no deseaba oír: “

¿Y tú no te habías ido a estudiar a Barranquilla?”

“Sí”.

Fue mi única respuesta, pero aparté la mirada y seguí caminando lentamente por la Avenida Félix Arias o carrera sexta, pasé por el Parque Santander, por El Quiosquito, por el Hospital, hasta que llegué a la esquina de la tienda de Rafael Frago, frente a La Virgencita, en la Calle de El Embudo. Cuando llegué a esta esquina aminoré el paso y contemplé la calle más ancha y solitaria que nunca. La tarde estaba triste como mi alma.

Me acomodé el maletín que colgaba de mi hombro y continué el paso lento que traía. En ese momento avisté el carro de mi Papá, un Nissan Patrol corto modelo 62, color verde aceituna, inconfundible para mí. Venían en dirección norte sur, por lo que me fue fácil adivinar que estaban donde mi abuela Nicolasa Romero. Entonces me detuve a esperar con resignación que el carro llegara hasta mí.

“*Móntese*”, me ordenó mi Papá casi gritándome.

Mi madre, que estaba con los ojos rojos de tanto llorar, me dio una mirada fuerte y su silencio fue más duro para mí que el latigazo verbal que acababa de darme mi padre. Llegamos a la casa en medio de un silencio casi sepulcral y me condujeron hasta la última habitación. La limpia que recibí de mi padre me pareció un ritual correctivo que irremediablemente debía cumplirse, por lo que no me produjo dolor físico ni sentimiento de injusticia.

Pero las reprimendas verbales y las conclusiones apresuradas de que mi final como estudiante exitoso había llegado, eso sí me produjo un sensible dolor en mi atormentado corazón. Recuerdo que mi hermano Javier se logró filtrar en la habitación donde yo estaba prácticamente aislado y me preguntó:

“*¿Porqué te viniste?*”

En vista de él no lograba arrancarme una respuesta, me hizo la pregunta nuevamente, pero yo no tuve fuerzas para responderle, ya que inevitablemente rompería en llanto al contarle el infierno que yo estaba viviendo en Barranquilla. Yo creo que él me entendió, porque se quedó algunos minutos en silencio y entonces me dejó solo.

Al día siguiente estuve deambulando con mi dolor por la soledad triste del patio, las alcobas y todos los espacios de la casa. Tenía prohibido salir a cualquier lugar, pero en realidad la decisión de permanecer aislado era más un resultado de mi propia voluntad que la prohibición misma de mis padres. La verdad era que no tenía ganas que me vieran la cara, porque me sentía realmente avergonzado de preferir la vida en aquel “revolcadero de burros”, como decía Miro Fuentes, a la envidiable condición de ser un estudiante provinciano viviendo en Barranquilla.

Mi primo Javier Romero meses después haría bromas diciéndoles a otros amigos que la comida me la daban a través de las rendijas inferiores de la puerta. Pero la verdad era que comía solo en el comedor del servicio, totalmente aislado de mi propia familia por prohibición paterna y por voluntad propia. Fue un martes largo, silencioso, solitario y melancólico. Y el miércoles temprano mis padres decidieron enviarme de regreso a Barranquilla en un vuelo de Avianca que salía de Valledupar, aprovechando un viaje de negocios de mi tío político Ramiro Cabello.

Y aunque llegué inseguro a Barranquilla, un comentario que le escuché a Lucy Ariza de Romero me sirvió mucho para afianzar mi autoestima en el tiempo subsiguiente: “A pesar de estar tan desadaptado, Orlandito no perdió ninguna materia en el primer mes. Eso significa que este muchacho tiene madera”.

Desde entonces retomé el hilo escolar y social de mi vivencia en Barranquilla. Y quien pudiera creerlo: Casi treinta años después, mientras adelantaba los estudios de Especialización en Gestión Pública, mi dilecto amigo Carlos Peña Torres fustigó mi patriotismo barranquillero durante una intervención académica. En ese momento le respondí:

“Mi querido amigo Peña: Es cierto que no nací en esta ciudad, pero aquí me formé como estudiante, pues el colegio Liceo de Cervantes me confirió el título de Bachiller. Aquí sembré unas excelentes relaciones comerciales en el comienzo de mi actividad profesional. Tengo dos bellos hijos que se enorgullecen de ser barranquilleros. Mi lucha diaria por la vida la hago en Barranquilla y actualmente usted, estos compañeros y yo, nos seguimos formando en Barranquilla. ¿Necesita usted otra prueba de mi amor ciudadano por esta ciudad?”

Por toda respuesta recibí una carcajada colectiva aprobatoria de mis compañeros. Pero en realidad, no fue una improvisación. Era una respuesta que tenía escondida en un rincón de mi memoria, especialmente diseñada para cuando algún impertinente quisiera poner en duda mi amor por la ciudad donde me hice hombre. Y Carlos Peña me dio la papaya.

orlandocuello@hotmail.com

(*) Arquitecto. (Matricula No 25700-07273 / CND). Certified General Contractor. (Licencia No CGC-1511064. Estado de la Florida). Residential Appraisal Instructor. (Licencia No IR-1000100. Estado de la Florida). orlandocuello@hotmail.com